

Medicina popular

Departamento de Investigación Local y Etnográfica de la U.P.

DERMATOLOGÍA TRADICIONAL 2

Las personas que gustan de observar la Naturaleza conocen su fuerza y energía y, por tanto, saben apreciar sus secretos para conseguir una vida sana y equilibrada, haciendo buen uso de sus productos para remediar las diferentes enfermedades.

Si la medicina tradicional se podía definir como el arte de diagnosticar un mal y de buscarle remedio mediante los productos que el hombre tiene más a mano –plantas, minerales, agua, etc.– probablemente sería en el campo de la dermatología, o sea en el de las enfermedades de la piel, donde nuestros abuelos fueron más perspicaces y efectivos, posiblemente porque en estos casos la enfermedad salta a la vista y, en consecuencia, se puede observar con mayor detenimiento si el remedio aconsejado es correcto o no.

Ya en el número anterior de esta revista hacíamos referencia a la importancia de este tipo de afecciones, profundizando en algunas más extendidas, como la variedad de tratamientos para erradicar las verrugas o las molestas espinillas. Pero la cantidad de dolencias es tal que nos vemos obligados a dedicar un nuevo artículo a este tema para acercarnos a otros tipos de afecciones, tal vez menos conocidas pero seguro que no menos interesantes.

Todos los remedios que citamos han sido recogidos en nuestra localidad y, por tanto, forman parte de la cultura tradicional de nuestro pueblo.

Una enfermedad, ahora prácticamente erradicada, es la que se conocía como la **tiña**; básicamente se trataba de una infección producida por hongos localizados en el cuero cabelludo, y que en esta villa era conocida también con el sobrenombre de “la peluda”. Nos hablaron de varios tratamientos, algunos bastante sencillos como, por ejemplo, aplicar aceite batido con un huevo, y otros más difíciles de llevar a cabo, como

comer ratón asado o freír un **esfardacho** (lagarto) vivo y untar con el aceite la zona afectada; por descontado que la mayor dificultad para aplicar este último remedio estaría en conseguir echar el lagarto vivo en el aceite, además del mal rato que se pasaría viendo la agonía del pobre animal.

También la **sarna** era una dolencia que aparecía con relativa frecuencia entre las generaciones anteriores. Se trata de una enfermedad producida por un ácaro que se introduce por debajo de la piel; su curación era difícil y el tratamiento muy largo. Se recomendaba el lavado de la piel con jabón de casa (este producto se utilizaba para remediar gran cantidad de enfermedades relativas a la piel y todavía se recomienda en la actualidad), y también la aplicación de una cataplasma hecha mediante manteca y azufre bien mezclados con un tenedor; tras aplicarse sobre la zona afectada debía taparse con un trozo de tela, pero ésta tenía que ser de saco para que el efecto fuese el deseado. Son bien conocidos los efectos beneficiosos del azufre sobre algunas afecciones de la piel, y a menudo forma parte de la composición de jabones y lociones para diferentes tratamientos.

Los **panadizos** (uñaeros), o inflamación acompañada de pus localizada en los dedos de la mano, se curaban lavándolos con hierba **banzera**. Para combatir el **eczema** se aplicaban friegas con el agua

resultante de cocer bolas de ciprés, conocidas popularmente como “cocolotas”.

Los **petines** o cicatrices que permanecían en la cara tras una enfermedad se podían tratar con el **pelarzo** de las habas, leche de higuera o incluso jabón de casa. Estos tratamientos pretendían suavizar la zona a tratar e incluso se utilizaban como prevención mientras se estaba pasando alguna enfermedad (por ejemplo, la viruela).

Para evitar, o al menos retardar, los efectos de la **alopecia**, que consiste en la caída prematura del cabello, todos los remedios debían ir acompañados de un buen masaje



Ortiga

Jabón de casa



en el cuero cabelludo. Los recursos atienden tanto a lavados con tisana de ortigas, como a suaves friegas en la cabeza con aceite de ricino al que previamente se le ha añadido un poco de ron (este remedio también sirve para hacer crecer las pestañas). Muy curioso resulta el empleo de restos de los cascos de las caballerías; una vez hervidos, el agua resultante se usaba para hacer varios aclarados en el pelo, con lo que se conseguía fortalecerlo. La obtención de estos restos resultaba muy sencilla, pues bastaba con acudir a alguna herrería y recogerlos del suelo, donde iban a parar cuando los cortaban los herreros durante la operación de colocar a las caballerías herraduras nuevas. También se empleaba para fortalecer el cabello el agua de romero, a la que se añadía vinagre para de paso conseguir más brillo. Si además de brillo se quería volumen, parece ser que no había nada mejor que calentar agua con ceniza, colarla y con el agua obtenida realizar el último aclarado al lavarse el pelo. Para este mismo fin también se utilizaba (y utiliza) el aclarado a base de agua con vinagre.

Los **picores** de la cabeza se trataban aplicando aceite de almendras; si además se padecía de **caspa**, se recomendaba hacer aclarados con agua en la que previamente se habían hervido cáscaras de naranja.

Para las **grietas de la piel**, también conocidas como “cribazas”, nos hablaron de un remedio, ampliamente difundido, consistente en el uso de la propia orina. También nos hablaron del empleo de la manteca de cerdo, de gran efectividad si las grietas se debían a la sequedad de la piel, pues al humedecerla la piel recupera su elasticidad, y del sulfato que se empleaba para el trigo de la siembra, pero aplicado a la zona afectada.

Otro de los problemas que más se sufría en aquella época eran las **úlceras**, y por ello pudimos recoger gran número de remedios con base más o menos científica, y algunos de ellos con la única base de la fe. Se puede lavar la herida con hierba *banzera* hervida, que como hemos comprobado se utiliza muy frecuentemente dentro de los remedios tradicionales de nuestra localidad; también aconsejan la limpieza de la zona con aceite de oliva, con jabón casero de sosa,

con cocimientos de una hierba conocida como “coda de gato” con la que, según nos decían, se “mataba la herida”, o lavando con vino la herida y añadiendo después un pellizco de sal (aunque seguramente que este remedio se lo pensarían antes de utilizarlo por lo doloroso de la mezcla). En cuanto a las escaldaduras y **rojeces** de los niños, parece que tenía gran efectividad aplicar la **quera** o polvillo amarillento que

encontraban en algunas maderas en mal estado.

En el caso de que las úlceras las padecieran las caballerías se utilizaban para su curación las camisas de las culebras, y parece que el resultado era milagroso.

También era muy frecuente la aparición de las llamadas **úlceras de cúbito**, que son llagas que se producen después de una estancia prolongada en la cama, proceso al que nuestros mayores se referían con el término de “*aujerarse*”. Ante esta situación la utilización de aceite de oliva o de jabón de casa parecía imprescindible. En Alcorisa nos comentaron que en estos casos se debía colocar debajo de la cama un recipiente de agua con lejía.

Los **piojos**, como en la actualidad, eran considerados una afección molesta y desagradable, aunque su aparición era mucho más abundante y difícil de tratar que hoy en día. Para combatirlos se aplicaba en el cabello cabezas de cerillas disueltas en agua, y una vez que desaparecían se utilizaban aquellos cigarros conocidos como “*caliqueños*” para erradicar los huevos de piojos que quedaban. En relación con este tema existía la creencia de que todo el mundo era portador de lo que se denominaba “la piojera”, y que a unas personas se les desarrollaba y a otras no; incluso nos hablaron del caso curioso de una persona que llevaba la piojera en una de las cejas, y que era allí era donde le criaban los piojos.

También podemos hacer algunas recomendaciones populares para los que padezcan de **callos**: aplicar tomate verde para ablandar la zona y poder cortar los callos con una tijera (aunque este remedio parece bastante peligroso pa-

ra ponerlo en práctica) o ablandarlos aplicando cebolla y ajo; frotar la zona con piedra pómez a modo de lija para ir rebajándolos poco a poco; o, ya en épocas más modernas, aplicar el polvo que se echaba a los tomates para conservarlos.

Los **sabañones** son una lesiones inflamatorias en la piel producidas por la exposición al frío y que, sobre todo, aparecen en invierno. Existían varios remedios relacionados con esta dolencia: podían frotarse con ajo, remojarse con agua con vinagre y sal muy caliente, escaldarlos con agua caliente, pasarlos de agua caliente a fría, lavarlos con agua muy caliente en la que previamente se han hervido hojas de noguera o utilizar polvo del trillo, aunque este último remedio se trataba de una broma, ya que la época de trilla es el verano y en esas fechas nadie padecía de esta afección.

Podemos hacer referencia por último a un problema que hoy en día solucionamos con multitud de productos que ofrece el mercado, pero al que antaño ya intentaban ponerle solución. Se trata de la **sudoración excesiva** y el olor asociado a ella, al que combatían con colonia hecha con agua de rosas o de espliego. En el caso de exceso de sudoración en los pies, y que se traducía en llevar los “pies cocidos”, se evitaba aplicando lavados de tomillo cocido.

Como hemos podido ver, nuestros antepasados intentaron paliar los efectos de las enfermedades de la piel con lo que tenían a mano, con mayor o menor grado de efectividad. Aunque en muchos casos no encontremos una explicación científica, lo cierto es que en bastantes ocasiones los enfermos mejoraban y, por supuesto, sus organismos no eran maltratados con productos químicos que a menudo nos afectan con sus efectos secundarios. ■



Panadizo